

Y Wendy dejó de crecer...

En El mismo mar de todos los veranos, Esther Tusquets (1) ha dado el primer paso hacia una literatura asombrosamente autoafirmada que se yergue entre la mediocridad que ha dado en los últimos años la literatura de mujeres en lengua castellana.

Y digo "de mujeres", porque el libro está escrito por una mujer, su prosa presenta toda la tipología de la llamada prosa femenina, el universo de ideas que van desfilando a lo largo de la obra es un universo de mujeres, en el que la introspección y el autoanálisis abren el proceso psicológico de una mujer: su educación, sus tabúes, su sensibilidad, su erotismo, su cursilería, su estrechez, sus lugares comunes, su masoquismo...

Y, sin embargo, es por ello

(1) El mismo mar de todos los veranos. Editorial Lumen. 230 págs. Barcelona, 1978.

por lo que el lector puede sentirse profundamente seducido. Seducido mientras descubre esa sensación claustrofóbica y angustiosa que ha conformado el mundo femenino desde hace miles de años, esa permanente obsesión por retroceder a un pasado de cintitas rosas que viene a salvar el presente brutal, cínico, violento, y que conduce por necesidad a perseguir ese pozo, "el mismísimo centro del santuario subterráneo", el abismo

Esther Tusquets.



que la encierra, definitivamente, como un gusano, en el ovillo de seda desde el cual ya nada puede tocarla.

Incluso podríamos decir que lo menos importante en este libro es que puedan ocurrir cosas o no. Porque todo ocurre desde dentro del propio "yo". Lo accesorio, de hecho, es que surja una noche de amor, o que se suicide el amor precisamente, o que por desamor se retroceda hacia la muerte o la autodestrucción convenida. Y los logros y los aciertos de la obra se sitúan, sin duda, en el plano de la introspección, que nos invade con el "yo" esquizofrénico.

Porque llegaron, primero, hadas madrinas, conejitos, Wendy, buganvillas, Peter Pan, campanillas, vacas danzarinas, muñecas zanguilargas... Y más tarde, a todo eso pudo superponerse, por qué no, también "el aullido de una loba blanca degollada o violada con las primeras luces del alba", y por último, de forma inevitable: la madurez; el otro "yo", que esta vez se araña y se muerde acarician-

do y besando a Clara —en el desarrollo de una escena de amor entre dos mujeres, incomparablemente bella, extraordinaria, genial—; que devora la felicidad abrasándola con sus empujes violentos; que se deja atravesar, como un animal indefenso, por el experto matador —el fallo que la penetra, sin sentido, y la devuelve a Wendy— en un final sospechado y aceptado sin rebeldía.

El mismo mar de todos los veranos es una de las obras publicadas que resulta más profundamente reveladora de la psicología femenina: de hecho hemos asistido a lo largo de sus doscientas páginas a una agotadora sesión de psicoanálisis. Lo difícil y felizmente logrado por la autora ha sido, sin duda, conseguir arrastrarnos hacia su personaje, de tal forma, que no hayamos podido escapar casi nunca a las sensaciones que pudiera transmitirnos: sensaciones de ingenuidad, odio, tristeza, soledad, cinismo, autocompasión, etcétera. Para ello ha tendido al lector una formidable

ADIÓS A LAS LETRAS

Miró una vez

Joan Miró mira sus cuadros como si fueran ajenos. A él, lo que realmente le interesa es la agricultura. "Ahora habrá que ponerse a trabajar", le dijo una vez al ministro de la barretina, Pío Cabanillas. Cabanillas, que es gallego y no entiende todavía la ironía bilingüe de los catalanes, se creyó que Miró se estaba refiriendo al trabajo en la cosa de la cultura.

Cuando Miró le habla al personal de trabajo, le está deseando el cese. Pío Cabanillas se vino a Madrid muy contento de que el pintor hubiera aceptado un trabajo de no sé qué en el Ministerio de la Cultura. Lo que esperaba en realidad Miró era que le ofrecieran un proyecto de huerta inculta en la ancha Castilla.

Pío Cabanillas no se dio cuenta lo distraído que andaba Miró pensando en la simetría de las cebollas, en la textura magnífica de los tubérculos y en las rugosidades inigualables de las patatas.

Por eso se creyó que ya tenía en el saco a tan egregio caballero. A Miró no lo convence nadie si no le ofrece agricultura. La cultura es un trabajo menor, un subempleo. A los ochenta y cinco años, al pintor le han atosigado

con entrevistas y con homenajes. Le han llamado el más joven, el más sin igual, el más sin otro.

Todo le ha importado un bledo. Nadie le ha ofrecido una patata, una cebolla o una azada. Se ha quedado sin huerta porque todo el mundo se ha empeñado en creer que sus colores vienen de la contemplación del cielo, y lo que realmente este venerable autómatas hace es mirar la tierra para decorar espacios sin cultivos.

Miró cumplirá ochenta y cinco años más porque se alimenta de tubérculos y del color, de la tierra y del fuego sagrado que llevan los viejos en la frente. Basta ver a José Bergamín, por

Joan Miró.

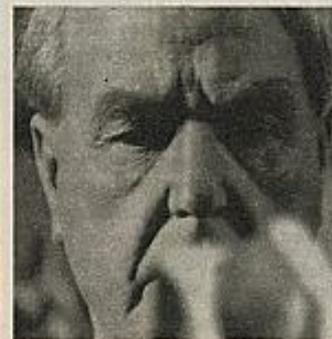


ejemplo, para ver que lo marchito no va unido con la edad y que a veces el proceso es incluso inverso.

Henry Moore, otro agricultor del arte plástico, cumple también ahora sus ochenta años. Con igual ironía contempla el almanaque. La distancia de Miró el fleco, que el escultor inglés reduce a la nada cuando mira hacia arriba y despeja su cabeza de esa tela de cebolla a la que sopla displicente cuando está solo.

Lo que es realmente preocupante es lo que rodea a estos artistas solitarios. Los personajes van ofreciéndoles telas distintas a las del tubérculo y ellos no saben ya cómo rechazar tal desati-

Henry Moore.



no y refugiarse entre los vericuetos de las atarjeas, las flores marchitas que ellos reavivan con la respiración artificial, o los secos canales donde crecen sin más ni más unas cebollas rotundas y morenas, como las primeras tetas que pintaron.

Los políticos no lo entienden y se frotan las manos cuando ellos, desde su edad y su socarronería, dicen que sí a cualquier proyecto. Ellos no escuchan esos versos administrativos. Viven ausentes de todo halago, a la búsqueda de la tierra, contrarios a cualquier incitación de los personajes que andan de puntillas para no hacerles ruido a los genios. ■ SILVESTRE CODAC.

José Bergamín.

